

# REPERTORIO AMERICANO

PUBLICA

Y CÍA., EDITORES

Vol. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 1º DE NOVIEMBRE DE 1919

Nº 6

## SUMARIO

- Las fuerzas de la opinión pública.* Por RÓMULO TOVAR.  
*Una hora ante Norte América.* Por LUIS LÓPEZ DE MEZA.  
*Motivos de meditación.* Por MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ.  
*La sombra infinita.* Por CARLOS VILLAFANE.  
*La intervención y el despotismo.* Por JACINTO LÓPEZ.  
*Vitaminas.* Por FEDERICO CALVO  
*Cátedra de literatura nacional.* Por ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR.  
*La hermética.* Por MIGUEL RASCH ISLA.  
*El descastado.* Por ALFONSO REYES.  
*Sobre la originalidad.* Por RAMÓN VINYES.  
*El cuarto de hora.* Por R. BRENES MESÉN.  
*La queja de un árbol.* Por MARIANO SILVA Y ACEVES.

## Las fuerzas de la opinión pública

TAL vez nuestras observaciones resulten ser de un valor muy teórico, pero seguiremos dándole vuelta a estas cosas en el afán de hacer sentir la verdad de un hecho fundamental: siempre se ha querido atribuir a una razón económica el origen de los trastornos sociales de un pueblo. No es despreciable, seguramente, esta causa. Sin embargo, es más cierto que el origen de todas estas dolencias públicas sea de un orden puramente moral, y consiste en la mayor o menor fuerza de resistencia que el ciudadano, por sí, o la sociedad, le puede oponer al mal que siempre trabaja en contra del hombre. Fuerzas de resistencia que las desarrolla y fortalece una educación excelente o que las debilita el mal hábito y las aniquila la ignorancia y el vicio.

Y así es, no combatiremos el mal común; no organizaremos mejor nuestra sociedad propia; no nos libertaremos del engaño de nuestro destino como no demos una amplia tensión a nuestras fuerzas morales. En esto, las enfermedades del espíritu siguen un

mismo desarrollo, comparadas con las enfermedades del cuerpo: bien es sabido que toda enfermedad es una consecuencia natural de un estado de decaimiento orgánico. Mientras el individuo conserva su fortaleza física, serán mejor sus condiciones de defensa para combatir las dolencias que le asalten, y a su vez, la libertad que se anhela, y la justicia y el orden y una civilización, son siempre expresiones de un espíritu público saludable e íntegro. Todo esto se pierde o se menoscaba cuando una nación cree que lo ha perdido todo, que nada tiene que defender y entrega su alma a la abyección y a la muerte. Debe haber alguna cosa que mantenga al ciudadano en frente de sus peligros, que lo estimule a conjurarlos y a combatirlos.

Debe haber cierto interés en colocarse en este punto de vista y en examinar desde él los sucesos de la patria, las inclinaciones de ella, sus destinos, sus instituciones y sus hombres. Sólo de esta manera es posible comenzar a explicarse fenómenos inauditos que parecen romper con el espíritu de la nación o con aquello que era ya costumbre o principio de conducta o se le tenía por tal. El ciudadano no podrá explicarse fácilmente el origen de la revolución del 27 de enero, si no se coloca en una posición semejante y no sacará lección de tal trastorno como ande buscando en causas puramente externas el origen íntimo de tales sucesos. Lo que tiene de ser cierto es que la patria no pudo defenderse de la tiranía, y la consecuencia de ello es de lo más triste, porque a estas horas no se sabe si está preparada para no dejarse sorprender por la tiranía, que adopta a veces formas simuladas, y es el peor de los casos.

El régimen creado por el movimiento militar del 27 de enero, nació de una serie de complicidades inmorales. Insistimos en advertir que tenemos interés en ver el problema, no como un mero incidente político, sino como un hecho social, porque creemos que para reparar los desatinos cometidos y que edifican mal ejemplo, estamos obligados a buscar en las instituciones sociales, las fuerzas que necesita el país para recobrar lo que ha perdido, para afirmar lo poco bueno que haya podido salvar y para determinar más sanos principios de conducta pública. El 27 de enero se inicia con un acto

de deslealtad cometido en contra de un amigo y de un jefe. Es verdad que en política la virtud es muy relativa y que no es inflexible. Con todo, para quien esté libre de interés alguno que no sea el de la verdad y no ande comprometido en el juego de los convencionalismos que hay en el fondo de todo suceso humano, el mal siempre es el mal, el pecado siempre es pecado, y el crimen no queda ni debe ser justificado por el éxito. Los políticos hablan de procedimientos supremos: ¿qué importan las obligaciones que impone la amistad, cuando el interés nacional exige de nosotros un sacrificio? Sí, pero tampoco en este caso, el crimen deja de ser crimen, ni la infidelidad puede llegar a ser una norma. El hombre cree también que ha inventado una teoría muy cómoda, la de que del mal no es difícil hacer un servidor del bien. Nosotros no lo creemos así: el bien nacido de este arbitrio es un producto híbrido y anti-natural. La virtud es inflexible y no admite transacciones con el mal. Lo que le sucede a la sociedad humana es que parte de su edificio descansa sobre errores ancestrales y consentidos y que en ocasiones no hay otro camino para salir del peligro y de las humillaciones, que el mal. Conviene, dirán los más exigentes, conviene matar al tirano. Conviene para muchos, acaso, pero tampoco eso es todo.

El 27 de enero de 1917, que fué para muchos y durante un tiempo, fecha gloriosa y de las que inician eras nuevas y significan momento de reivindicaciones sociales, según el lenguaje de los periódicos, tenía de repugnante eso: haber falseado los sentimientos de una amistad tantas veces protestada y ofrecer el hecho a la consideración del ciudadano como un procedimiento aceptable y aplicable. ¿Pero, dirán algunos, no se ha levantado el hijo contra el padre, y el hermano contra el hermano por satisfacer ambición propia? ¿No ha matado la esposa a su marido el rey, delante de sus hijos y para exaltar al amante y vivir de amor infame, como resulta de la tragedia helénica?

El éxito pudo hacer de la audaz empresa, un mérito a los ojos del político. En buena moral sencilla y no puritana ni ocasional, el éxito no posee medicina para quitar a los hechos su atributo propio.